

Anti-Edipo y anti-gona. Hipótesis sobre el inconsciente deleuziano-guattariano

Ana Levstein

Ana Levstein es docente en la Escuela de Ciencias de la Información, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba.

ESTUDIOS • Nº 6
Junio 1995 - Junio 1996
Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba

Edipo supone una represión de las máquinas deseantes. El inconsciente no es familiar sino huérfano, ignora las personas, no es representativo, es autoproducido. Es más bien soporte de relaciones y distribuidor de agentes: pero estos agentes no son personas como tampoco estas relaciones son intersubjetivas. Son simples relaciones de producción, agentes de producción y de antiproducción. No se trata de negar la importancia vital y amorosa de los padres. Se trata de saber cuál es su lugar y su función en la producción deseante en vez de operar a la inversa, haciendo recaer todo el juego de las máquinas deseantes en el código restringido de edipo. Pues edipo no existe desde el principio más que abierto a las cuatro esquinas de un campo social, de un campo de producción directamente cargado por la libido.

Deleuze-Guattari oponen dos clases de inconsciente o dos interpretaciones del inconsciente: una esquizoanalítica, la otra psicoanalítica; una esquizofrénica, la otra neurótico-edípica; una abstracta y no figurativa, y la otra imaginaria; una realmente concreta (no hay fantasmas, no hay proyección, el deseo se produce en lo real y produce realidad) y la otra simbólica; una maquina y la otra estructural; una molecular, micropsíquica y micrológica, la otra molar o estadística; una material y la otra ideológica; una productiva y la otra expresiva. La tarea del esquizoanálisis debe ser violenta y brutal: desfamiliarizar, desedipizar, deshacer teatro, sueño y fantasma, descodificar, desterritorializar. En el presente trabajo, planteamos que Antígona reúne las condiciones para realizar con su *máquina de guerra* este "horroroso raspado", esta "actividad malévola" del esquizoanálisis. Esto, a condición de no reeditar con ella las consecuencias aplastantes del mito expresivo que interpreta lo que el inconsciente "cree" o "quiere decir", cuyos resultados devastadores para la libertad humana describe maravillosamente el *Anti-Edi-*

po. El inconsciente no cree en nada; además de huérfano es ateo. Se trata, en cambio, de aprovechar el paradigma Antígona como efecto maquínico, ver cómo usarla, cómo funciona en relación al deseo; en fin, cómo “marcha ello”.

Volvamos al inconsciente huérfano: la genealogía o antiorigen de Antígona –guiándonos por la etimología de su nombre y su no reproducción biológica ya que muere sin dar hijos (*gonos* en griego)– nos sitúa en la clave de un conjunto de relaciones maquínicas que darían lugar a una “tierra nueva” o espacio liso y nómada o por lo menos a un nuevo estriamiento o nuevo socius. La rebelde de Antígona, su in-disciplina, impide cualquier subjetividad molar cerrada sobre sí misma y en cambio despliega una *máquina deseante* dueña también hasta de la pulsión de muerte cuando se trata de vencer la máquina despótica de Creonte, apoderada, a su vez, de todas las pulsiones procesales o “*pbilum* maquínico” de Tebas. ¿Cómo se produce esta sutil inversión por la cual una niña condenada a la muerte por amuramiento logra –valga la paradoja– transponer los muros del *socius* tebano, del cuerpo lleno de Creonte, su tío y su ley, llevando sus flujos descodificados de deseo a través de líneas de huida que marcarán para Occidente lo que Nietzsche llamó una transvaloración? Esbozemos respuestas: los agentes familiares de Antígona como delegados de lo social, fracasan en sus funciones pedagógicas y represivas por su propia promiscuidad. Ocurre que Antígona tiene una familia muy particular, lo que a ella le pasa “pasa en las peores familias”: es a la vez hija y hermana del trágico Edipo, nieta e hija de Yocasta y prima-novia de Hemón, hijo del resentido Creonte.

Edipo, en tanto papá-ejemplo-ley, viene de violentar el socius con un doble y aberrante crimen (incesto y parricidio) cuya culpa es tan impurgable que nos vuelve, desde aquellos míticos tiempos griegos, deudores vitalicios a todos los psicoanalizados del mundo. De allí en más, divancito amigo, oreja de paciencia china, boca verborrágica, flujos de rezongos contra flujos de dinero, y como dice el tango “esas ganas tremendas de llorar”. Con semejante escuela, Antígona no podía menos que superar el record de su papá y hermano mayor Edipo, y así es que siendo *hibrys*, es decir mezcla de aquello que no debía ser mezclado, consolidará el incesto del cual ya es fruto en el eje vertical de la filiación, con el incesto en el eje horizontal de las alianzas, al transgredir la ley de Creonte según la cual su hermano Polinices debía quedar insepulto por traidor. Lo prohibido parecería existir bajo dos formas: una negativa que conduce a la madre e impone la diferenciación y otra positiva que concierne a la hermana y domina el intercambio. El primer grado elabora la forma del triángulo edípico, pero sólo el segundo grado asegura la transmisión de esa forma. Antígona sustituye la diferenciación por la indiferenciación en el eje vertical, y el intercambio por el *give away* o el *potlach* en el eje horizontal. Es Anti-Gona al preferir la muerte por inhumar a Polinices antes que las nupcias con su primo Hemón y la continuidad somática de su linaje. La máquina de Antígona ya sabe que el deseo ignora el intercambio, sólo conoce el regalo o *potlach* y el robo. Antígona, quien “no ha nacido para el odio sino para el amor”, se opone a la máquina paranoico-molar de Creonte para situarse en el polo esquizoide-molecular y romper así con todos los códigos o gramáticas capitalistas

de posesión y apropiación de los flujos deseantes. Implica el desanudamiento del inconsciente que el triángulo edípico había anudado con las consecuencias destructivas que nunca nos cansaremos de lamentar. Implica como en *Imagine* de John Lennon, en un himno esquizofrénico como *Límite absoluto* de la máquina picadora de carne capitalista donde no hay posesión, no hay paraíso, no hay infierno, no hay fronteras. No hay estrías, sólo un cielo nómada. Antígona es la primera agente de producción anedípica. Se niega a reproducir el triángulo neurótico de su linaje edípico aunque el precio sea la muerte. Antígona moleculariza la Ley y el Poder, correlato de su molecularización o microfísica del Amor. Al igual que el patético personaje *Ante la ley* de Kafka sabe que la única ley es autoreferida, como la esquizofrenia. El campesino de Kafka, viejo y agonizante, es enterado por el guardián de la entrada a la Ley que ésta era sólo para él; una vez muerto el campesino, el guardián cierra esa entrada y muere esa Ley. En cambio, Antígona no tendrá oportunidad de envejecer. Ya niña sabe, como Calicles y como Nietzsche, que la ley es un invento del más fuerte y que, al macizo Poder del tirano, sólo le puede ganar con su molecular y rizomático Amor. Si el capitalismo es un muro que sólo la esquizofrenia como proceso deseante puede franquear, podemos ver en Antígona una versión de superhombre nietzscheano en la medida en que logra dar a luz un nuevo linaje de valores y singularidades éticas, *una nueva manera de sentir, una nueva manera de pensar*.

En lugar del parricidio edípico tenemos el suicidio de Antígona, quien elige su propia muerte antes que morir con la que le ha elegido Creonte. Las neurosis edípicas o "familiares" llevan al psicoanálisis a leer los conflictos humanos desde la tríada "odio-crimen-culpa" (paranoia). Construcción de sujetos sujetados, siempre deudores. La esquizofrenia anti-edípica o anti-gónica asume la mirada esquizoanalítica de una tríada creativa y liberadora: "amor-suicidio-inocencia" (esquizia). Sujetos rebeldes, autoconstruidos, acreedores, ya que conquistan libertad para sus semejantes aun al precio de su propia condena. La oposición del suicidio al parricidio no es un paralogsimo para prolijidad de las simetrías: en toda esquizofrenia como proceso muere un ego para trascender y reconstituirse desde una trans-identidad que convoca la pluralidad de almas que nos habitan. Es un dato esencial del devenir-esquizo. Foucault explica cómo este sacrificio en los grandes locos culpabiliza al mundo y santifica al loco. La cordura de Occidente se ve obligada a medirse con obras de locos como van Gogh o Nietzsche.

Antígona, con su particular familia, ha derretido las paredes del triángulo de las "neurosis familiares", a saber: la generacional, según la cual quien no sabe si es padre o hijo es fóbico/a; la sexual, según la cual quien no sabe si es hombre o mujer es histérico/a; y la de estado según la cual quien no sabe si está vivo o muerto es obsesivo/a. Así el "yo" recibe el mínimo de coordenadas que lo diferencian como tal. De esta manera, Antígona, la consumación del incesto y de la identidad dionisiaca, ha trastocado todo principio apolíneo de individuación: generacionalmente es hija y nieta de Yocasta e hija y hermana de Edipo; sexualmente es molarmente mujer pero molecularmente tiene la virilidad que le falta a Creonte (y el texto de Sófocles se encarga de

recalcarlo); y en cuanto a su estado, podemos decir que su muerte intramuros significa la eterna vitalidad de su máquina deseante extramuros. Su muerte tiene efectos máqunicos de procreación, de productividad que neutralizan con creces el linaje biológico al que debió renunciar. Es transmadre-hijo, trans-mujer-hombre y transviva-muerta. Es, finalmente, madre de una nueva humanidad y, como el esquizo, siente que por fin puede morir. Las disyunciones exclusivas y limitadas del Numen edípico se vuelven en Antígona disyunciones inclusivas e ilimitadas. Antígona es el yo indiferenciado, presocial e inocente. En ella, la culpa, la castración y la ley aún no han impuesto triángulos a la producción deseante y hombre, naturaleza y sociedad coexisten como unidades de producción. Antígona es la psicosis previa al cogito porque afirma la indiferenciación. Si Edipo marcaba los anudamientos y represiones de la identidad en la máquina psicoanalítica, Antígona marca los desanudamientos y desinhibiciones del yo normalizado, desde el inconsciente autoproducido de la máquina esquizoanalítica. Con Edipo, el inconsciente había sido colocado ante una elección que no era la suya; Antígona lo coloca ante la verdadera elección: máquinas deseantes del "sí", máquinas deseantes del "no"; máquinas deseantes del amor o máquinas deseantes del poder; máquina nómada, creadora de libertades y espacios lisos o máquinas territorializantes creadoras de espacios estriados con sus instituciones, ortopedias, códigos, falos y leyes. Edipo es la codificación y sobrecodificación; Antígona la descodificación o flujos-esquizia. El esquizoanálisis desnuda con Antígona lo que se anudó con Edipó. El psicoanálisis edípico; el esquizoanálisis "antigoniza". Este último supone un combate más que un cómodo diván. Sólo Antígona desedipiza el inconsciente y llega a las regiones del inconsciente huérfano, más allá de toda ley, evidenciando que deseo, ley y prohibición no están unidos. Ella demuestra que el incesto como la pulsión de muerte son otras tantas formas que adquiere el deseo como productividad. Y el deseo no es de acostarse con mamá o matar a papá, no es edípico, es "antigónico", y se llama *flujo germinal intensivo*. Es la libido amorosa o plasma germinativo que condensa los conflictos genético-sociales e indecisiones que han ido acompañando la tenebrosa etiología del yo, los conceptos occidentales de individualidad personal. En la esquizofrenia como proceso de intensidades terroríficas, afloran semejantes inestabilidades primordiales. El flujo germinal es continuo, inmortal e intensivo a diferencia del somático o corporal de las filiaciones y alianzas que es discreto o discontinuo, extensivo y mortal. El incesto con la hermana/o es el modelo intensivo del incesto como manifestación de la línea germinal. Es la gran Memoria nocturna de la filiación germinal intensiva la que está reprimida en provecho de una memoria somática extensiva. Este es el peldaño máximo al que llega Antígona. La esquizofrenia enaltece el incesto, suprime el intercambio (al descodificar los flujos) y -con *él*- la forma somático-generacional-extensiva de las personas y el parentesco o designaciones parentales que no preexisten a la prohibición sino que están constituidas por ella. De allí que el esquizofrénico sabe antes que el etnólogo que, *strictu sensu* el incesto no existe. El incesto y el amor o producción deseante son lo mismo. En la esquizofrenia queda sólo el Amor como cuerpo lleno. Es sobre el flujo germinal intensivo, representante del deseo, que

se realiza la represión, porque es un flujo que no se deja codificar. Creonte, las máquinas déspotas, las máquinas capitalistas, lo perciben como el Límite absoluto. La ecuación es: esquizofrenia = producción deseante = flujo germinal intensivo prepersonal = incesto = flujos descodificados. De allí que la locura sea el espejo o imagen invertida del socius. Este reprime la gran memoria filiativa intensa y muda, la vieja memoria bio-cósmica y nocturna con poder para sumergirlo todo, que Nietzsche veía aplastada por una memoria a base de una deuda tan infinita como cruel que marca los cuerpos con su hierro caliente de palabras, alianzas y filiaciones extensas. Se comprende que la gramática de Antígona es anterior a nuestras clasificaciones edípicas y se parece más a la enciclopedia china de Borges que a la gramática de *Port Royal*. Antígona enjuicia las nuevas "discreciones" de la intimidad humana cuando su hermana Ismena emplea abundantemente el posesivo singular: "Polinices es también mi hermano". Precisamente sobre esta mera singularidad de la fraternidad, Antígona descarga la irónica furia de su "dualismo" y su simbiosis total. El "ego" o "yo" de la sintaxis de Antígona es empleado como una amarga concesión. Ese "yo" es ahora indicador de su soledad, de su obligada ruptura con la unidad del parentesco, con la colectividad de la familia o del clan que hacía posible la fusión de sentimientos, de propósitos y de acciones. Anti-gona o "Contra el linaje". Antígona, es esta oleada osmótica que disuelve la individualidad para hacer que los seres humanos "fluyan los unos en los otros". La ironía de su destino es que, pese a sus impulsos de interfusión humana, queda convertida en el más solitario, individual y anárquicamente egotista de los seres.

Conclusión: de nuestras máquinas deseantes depende que Antígona sea la esquizofrenia como proceso o abertura, o bien la esquizofrenia como hundimiento y entidad clínica. En palabras del *Anti-Edipo*: la cuestión radica en saber si los esquizofrénicos son o serán las máquinas vivientes de un trabajo muerto, que entonces se opone a las máquinas muertas del trabajo viviente tal como se organizan en el capitalismo; o bien, al contrario, si máquinas deseantes, artísticas, científicas, técnicas y sociales se abrazan en un proceso de producción esquizofrénica, que, desde ese momento, *ya no tiene que producir esquizofrénicos*. Una máquina deseante gigantesca, monstruosa como el incesto, como Antígona Extramuros, *enamorada de lo imposible, corriendo tras lo imposible*, haciendo pasar un diluvio contra las iniquidades y los cálculos mezquinos del ego normalizado. Antígona contra Heráclito, contra los ensayos nucleares, contra el espacio liso y desértico del apocalipsis. Antígona-Madre del milenio que se avecina... ■